

## NUEVOS ENFOQUES SOBRE LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA

Desde que Desdevises du Désert entregó a la imprenta en el último lustro del siglo pasado su estudio sobre lo que denominara el *Ancien Régime* español, no se había reeditado el tema en la magnitud que le diera Desdevises, a no ser una segunda publicación, tres decenios después, del mismo libro que lógicamente se convirtió en la obra clásica de estos estudios.

Trabajos parciales habían atacado el contenido desde diversos ángulos. Faltaba empero el nuevo libro que recompusiese el cuadro. De Francia viene ahora la síntesis requerida, aunque restringida su amplitud a la segunda mitad del siglo. No es casual que al nombre de Desdevises suceda el de Sarrailh en la línea de los grandes maestros hispanistas que centran la atención de su paciente investigación en nuestro siglo XVIII pues, en él, encuentran « un air de chez soi » que pone un discreto límite al exotismo que les lleva a peregrinar allende las fronteras. Este exotismo se convierte en Sarrailh en una entrañable inclinación por las cosas de España, nunca desmentida por quien ha alcanzado la distinción académica máxima de su país, el rectorado de la vieja Sorbona.

Decíamos que la obra de Sarrailh es una síntesis de monografías ajenas cuyo contenido aislado se perdía en revistas o libros poco accesibles por lo general. Sarrailh no podía ignorar los aportes de la investigación. Pero hay mucho más. De su asidua frecuentación de nuestros archivos durante años, trajo en su equipaje un inmenso acopio de noticias, muchas de ellas inéditas, que ahora vierte con erudición en su monumental *l'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII<sup>e</sup> siècle*<sup>1</sup>. Los futuros historiadores de la cultura española de la Ilustración tomarán sin duda este libro como punto de partida de sus investigaciones, habrán de rastrear en él antes de seguir adelante por cuenta propia. El autor modestamente se da por contento con este papel « C'est comme un point de départ, une introduction à de nouveaux et multiples travaux, qu'il doit être considéré » (p. I). ¿Qué mayor orgullo para quien conoce lo

<sup>1</sup> 779 págs., Imprimerie Nationale, Paris, 1954.

perecedero de una investigación histórica, normalmente superada con el tiempo, que servir de reactivo, de incitador de trabajos que claven la reja más hondo en el surco dibujado?

El testimonio de los contemporáneos no llega al libro como mera erudición, penetra en el texto. El autor se retira y los deja hablar. Sarrailh aleja de sí la idea de entregar el material elaborado, respeta el verbo de los hombres de entonces lo cual pone en su obra sabor de época. La técnica recuerda a cada instante la de otro fino buceador en la cultura de las luces, Pául Hazard. La misma soltura para introducir una cita, la misma maestría para dar una pincelada. Estas pinceladas, que en ocasiones se convierten en sondeos en profundidad, nos transmiten el contenido por impresiones. Desdevises había comparado esta técnica, que no practicó en la misma medida que Sarrailh, con un trabajo de taracea. « Il se peut bien que ce soit une folle entreprise de tracer le portrait d'une nation à un moment donné de son histoire ; mais, si l'on a quelque chance d'y réussir, c'est aux procédés du mosaïste qu'il faut avoir recours ; il faut s'armer de sa patience et s'accomoder de son parti-pris »<sup>2</sup>.

¿Qué esquema, qué *parti-pris* adoptó Desdevises? La Sociedad y dentro de ella un estamento tras otro, las Instituciones, la Riqueza y la Civilización. Sarrailh ¿cuál es su *parti-pris*? La imagen de la Ilustración que nos brinda, es la de un díptico. En efecto, a lo largo de todo el libro chocamos a cada instante con parejas de conceptos antagónicos: masa-élite, oscurantismo-ilustración, rutina-innovación, resistencia-progreso, xenofobia-extranjerismo... La primera parte del libro se intitula *Masse et Elite* (unas 130 págs.); la segunda, *Les principes et les armes de la Croisade* (más de 250 págs.); la tercera, *Panorama de la pensée nouvelle* (300 págs. aproximadamente). Por lo que acabamos de ver, las dos hojas del díptico pugnan entre sí. Una pretende someter a la otra que se resiste. Se trata efectivamente de un combate. « Lutte de la lumière contre les ténèbres », escribe Sarrailh en la página 471. Y, cuando aparecen las figuras de más relieve de esta Cruzada, el autor las coloca en su « poste de combat ou de commandement » (p. 113). « Le duel entre l'Inquisition et la pensée moderne était inégal et ne pouvait aboutir qu'à la victoire du progrès » (p. 306). De inmediato, el contenido de esta última frase nos trae a la memoria a Menéndez y Pelayo. También él concebía aquel siglo como un duelo. Lo que no hubiera suscrito el polígrafo montañés es aquella consecuencia lógica, « ne pouvait aboutir

<sup>2</sup> *La Société*, Introduction, p. IX.

qu'á ... ». Su tomo VI de los *Heterodoxos* intenta precisamente demostrar que hubiera podido ser de otra manera. El ilustre rector de París se inscribe, pues, en la antítesis de Menéndez y Pelayo y, no descuida la ocasión de replicarle con ayuda de trabajos ajenos como los de Urquijo sobre los « caballeritos de Azcoitia » o los del P. Miguélez a propósito de « Jansenismo y regalismo en España ». Alguna otra vez lo hace, en cambio, por cuenta propia echando mano, por ejemplo, de expedientes de la Inquisición hallados por él en los archivos los cuales revelan una intervención de esta institución en la vida espiritual de la época mayor que la reconocida hasta ahora.

¡ Cuántos temas encierra el libro de Sarrailh!, temas de diferente magnitud: grandes temas como el del signo de la cultura — utilitaria y dirigida — (cap. II de la 2ª parte); el de la enseñanza (cap. III, id.), el de los instrumentos de las reformas o sean la Sociedad Amigos del País (cap. IV y V, id.); temas de envergadura como el del amor a España y el del contacto de la nación con el extranjero (cap. VIII y VI-VII, id.) o el panorama del pensamiento ilustrado (3ª parte) — espíritu científico y difusión de las ciencias, problema social, política y economía, pensamiento religioso y, dentro de él y ante todo, el renuevo del espiritualismo del siglo —; temas menores también posibles de rastrear en cada capítulo, disimulados entre cuestiones más amplias: el destino de la mujer, la actitud de la época respecto a las minorías sociales, el celibato y monacato, la beneficencia que hoy llamaríamos con un nombre más moderno ayuda social, o si no la polémica contra el aristotelismo o cualquiera de tantos otros. No hay manera de señalarlos todos, menos aún de analizarlos. Sólo una obra de casi igual volumen que la de Sarrailh podría destacar o rectificar el magnífico aporte del rector parisiense. Haciendo pues a un lado el contenido del que — repetimos — tanto provecho ha de sacarse, nos detendremos en dos aspectos formales.

En primer término, podemos preguntarnos a modo de hipótesis, si es válida la visión de la España ilustrada de facetas tan tajantemente contrapuestas. Los propios contemporáneos veían así su época y este punto de vista lo heredaron las generaciones sucesivas, de Menéndez y Pelayo y Ferrer del Río a Sarrailh. En cualquier investigación, cabe, sin embargo, someter a juicio los conceptos más consagrados.

Prescindiendo por lo tanto de muchas de estas dualidades, o mejor aún, resumiéndolas, tal vez las fundamentales sea: masa-minoría, resistencia-progreso.

Que la tónica de la Ilustración la da la minoría, sin duda; aunque no sea consecuencia de una actitud selectiva radical — como el aristocra-

tismo del siglo xvii —, pues la intención pedagógica del siglo lleva a las « luces » a trascender hacia la masa en un contacto que, de corazón, se desea fecundo. No es pues peculiaridad imputable al setecientos. Si se observa cierta reacción minoritaria ocurre tan sólo en las postrimerías. Entonces los ilustrados amojonan deliberadamente el alcance de su pensamiento, cuando las premisas por ellos establecidas reclaman con apremio sus lógicas consecuencias; y así Sieyés, en el trance de otorgar la igualdad política, inventa la distinción entre ciudadanos activos y pasivos. A este ejemplo tomado del país vecino, podríamos añadir algunos españoles. ¿Por qué, pongamos por caso, el pensamiento postrevolucionario de Jovellanos resulta contradictorio, sino por querer poner coto al desenvolvimiento de sus ideas después del encuentro con la misma realidad social que viera Sieyés en acción, aunque observada en su caso desde afuera?

En el capítulo *Les décevantes classes dirigeantes*, establece Sarrailh la distinción entre masa y pueblo. Dentro de una línea orteguiana de pensamiento<sup>3</sup>, rechaza la equiparación de ambos vocablos. Es más, nos describe a amplios sectores de las clases elevadas incapaces para su función rectora y, en muchos casos, con un prurito de majismo que los encanalla. Del otro lado, gente de las clases laboriosas dotadas de empeñoso afán de superación. Masa equivale por lo tanto en el concepto de Sarrailh a fuerza de resistencia. Ahora bien, es indudable que en cualquier otro país existieron entonces tales fuerzas<sup>4</sup> que, no obstante, no afloran a las páginas de los libros en igual medida que en los que tratan de España. Admitiendo una diferenciación cuantitativa, una menor permeabilidad de las fuerzas de resistencia de la sociedad española, asalta a la mente en alguna ocasión el pensamiento de si el contraste acentuado no resulta en parte del procedimiento empleado para presentar el tema. En efecto, al reconstruir este período, los historiadores de otros países procuran seleccionar los datos por su contenido significativo, proceda éste de donde proceda. Cuando asimismo en España se emplea el mismo procedimiento, dejando a un lado la técnica del mosaico, aparecen obras que vislumbran en la Ilustración española una unidad. Así ocurre con el libro de Luis Sánchez Agesta *El pensamiento político del despotismo ilustrado*<sup>5</sup>. « Ese pensamiento político, dice Sánchez

<sup>3</sup> *La rebelión de las masas*.

<sup>4</sup> Véase, en particular, el cap. I, 3ª parte, de *Les origines intellectuelles de la Révolution française* de D. Mornet.

<sup>5</sup> 317 págs., Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1953.

Agesta, se nos presenta como un volumen histórico que tiene una relativa unidad de estructura, una interna articulación que hace coherentes sus partes y una cierta capacidad de desenvolvimiento » (p. 11). Lo común es, sin embargo, plegarse espontáneamente a una óptica hecha a captar las resistencias que acentúan los contrastes. Ejemplo de esta óptica puede ser la reseña de G. Weinberg sobre el libro de Sarrailh <sup>6</sup>. Concretamente ella le induce a no ver en la agricultura española de entonces sino la faz rezagada y rutinaria, pese a que nuestro autor destaca explícitamente el contraste entre la España central pobre y la España periférica rica <sup>7</sup>. Esta oposición no tiene por cierto ninguna explicación en el plano ideológico, nunca podrá interpretarse como una faceta de la pugna entre progreso y reacción. Afirmar esto sería minimizar su alcance. Tomando palabras de P. Vilar diremos que de este modo « l'on revient à la situation de l'Antiquité et du Moyen-Age, où l'Espagne périphérique — et particulièrement méditerranéenne — représentait le lieu d'élection de la population, de l'activité, de la production » <sup>8</sup>. Significa pues una alteración básica del equilibrio demográfico, económico y social de la península. Sus consecuencias se dejarán sentir a lo largo de los siglos XIX y XX.

Este caso nos mueve a esperar que, mediante los estudios económico-sociales, se enriquecerá nuestra concepción de la España ilustrada; que penetraremos en un terreno firme, fáctico en el que no tienen cabida divergencias de orden ideológico. En lugar de buscar un modo de ser, hallaremos un existir en el latido de sus quehaceres colectivos. De un primer contacto con la realidad social llegamos, por cierto, muy lejos de la España atrofiada y simiesca imaginada por muchos. Una población en pleno hervor vital manifestado en una fuerte presión demográfica, una actividad económica en ascenso, continuas reordenaciones del equilibrio de las clases sociales y de las regiones, como lo señalado arriba, etc., patentizan una época nada inclinada a la inercia. España participó

<sup>6</sup> *Imago Mundi*, n.º 9, págs. 57 a 67, en especial p. 59, Buenos Aires, 1955.

<sup>7</sup> « L'image de cette mort lente est-elle celle de l'Espagne toute entière, et les voyageurs mentent-ils, qui décrivent quelques régions bénies où il fait meilleur vivre ? Ces régions existent en effet : elles ont nom Pays basque, Asturies, Catalogne et en certaines parties Rioja, Valence et Aragón » (p. 18).

<sup>8</sup> PIERRE VILAR, *Dans Barcelone, au XVIII<sup>e</sup>. siècle. Transformations économiques, élan urbain et mouvement des salaires dans le bâtiment*, en *Estudios Históricos y Documentos de los Archivos de Protocolos*, II, págs. 7 a 51, Barcelona, 1950. El texto citado se halla en la página 49.

durante la segunda mitad del siglo de la onda de expansión común a toda Europa<sup>9</sup>.

Ahora bien, ¿en qué medida existe una conexión entre este movimiento de expansión económico-social y la etapa de la historia de la cultura conocida por Ilustración? De buenas a primeras observamos que ambos acontecimientos se superponen cronológicamente casi punto por punto, mas sería ésta una relación demasiado exterior. Luego encontramos más indicios. Por de pronto la existencia de una generación de economistas ilustres, los Capmany, Asso, Campomanes, Cabarrús, Campillo y Cossío, Cavanilles, Sempere y otros, representantes asimismo de la cultura de la Ilustración. Advirtamos de paso la coincidente aparición de tales generaciones con las crisis ya sean de expansión, como en el caso presente, ya de contracción como la generación de los años « 20 » del siglo xvii, en el otro extremo del movimiento pendular: la de los Moncada, Navarrete, Valle de la Cerda, Caxa, Ceballos, Lizón, Struzzi... Por lo demás el signo de esta cultura racional, pragmática y científicista responde perfectamente a las necesidades formativas e intelectuales de este movimiento. La misma actitud polémica frente a las formas de vida tradicionales destaca el papel de los pensadores en la tarea de renovación que entraña todo movimiento ascendente. La frase de Campomanes « me parece más útil al género humano la invención de las agujas de coser que la Lógica de Aristóteles y un gran número de sus comentadores, los cuales han sido en España más comunes que las fábricas de aguja », tan traída y tan llevada como botón de muestra de los exabruptos formulados al calor de la pugna ideológica contra la escolástica y la dogmática tradicional, cobra desde otro ángulo nueva luz. En esta salida de tono el ministro de Carlos III expresa la urgente exigencia de dotación técnica que requiere el desarrollo del país. Constituye un índice de la posición *engagée* de un ilustrado. Otro ejemplo de actitud *comprometida* ofrecerían la figura y los escritos de Jovellanos.

Que exista una relación entre el pensamiento de una época y la realidad social de la misma no debe entenderse, sin embargo, como si aquél fuera mera exteriorización de procesos movidos por leyes internas en las que no intervendría para nada la conciencia del hombre. Prueba de lo contrario, que el pensamiento no es un simple objeto determinado, sino

<sup>9</sup> Aún cuando carecemos hoy por hoy de estudios cuantitativos completos sobre la manera de manifestarse esta onda en España, los trabajos de Hamilton y de Vilar (véase nota anterior) sobre los precios y salarios de Castilla y Cataluña respectivamente más los de Vitorino Magalhaes Godinho (véase la recensión de P. Vilar en *Annales*, E. S. C., n.º 4, 1955) sobre las fluctuaciones económicas de Portugal, otra zona peninsular sensible a ella, permite situar su existencia en un plano no conjetural.

proceso activo de la relación lo constituye, en nuestro caso, el tesorero y laborioso esfuerzo al que hubo de entregarse el grupo intelectual del período ilustrado. Gracias a su animosa acción fueron modificándose, superándose las condiciones dadas. Precisamente, *l'Espagne éclairée* de Sarrailh viene oportunamente a mostrarnos que la acción de los ilustrados no fue mero mecerse en los acontecimientos sino duro bregar, tenaz quehacer.

Al cabo de esta digresión, podemos expresar la convicción de que hay aquí tema para ahondar y que en ello cabe cifrar grandes esperanzas. Tarea ardua, no obstante, pues subsiste un rechazo contra enfoques de tal naturaleza. Sánchez Agesta, cuyo luminoso libro reclama ampliaciones, negó deliberadamente, sin previa justificación de su gesto, la necesidad de una confrontación de este tipo (p. 11). Tal vez sea esta negativa a considerar la conexión entre el pensamiento y las condiciones sociales la mayor falla de su obra pues quedan así las ideas desenraizadas.

La segunda cuestión de orden formal que suscita el libro de Sánchez Agesta al contacto con el de Sarrailh es la del desenvolvimiento interno de la Ilustración española. Es común equiparar Ilustración con siglo xviii. Sarrailh ha restringido acertadamente este período a la segunda mitad de la centuria. Ahora bien, ¿hay que tomar la Ilustración en bloque con un contenido aproximadamente único, o es posible distinguir momentos o etapas con distintos contenidos aunque coincidentes en las líneas directrices comunes? ¿Acaso ciertas ideas que chocan entre sí, no corresponden a momentos distintos? ¿No se aclara así su aparente contradicción? Sánchez Agesta restringe su análisis al campo político, el despotismo ilustrado, y en él describe cuatro de estas etapas. Primero una crisis inicial a caballo sobre dos épocas, que encarna Feijoo: crítica de la política tradicional. Luego, « el cénit de las luces »; cuaja la nueva fórmula del despotismo ilustrada, preocupación económica; Campomanes representa esta culminación. « Madurez y crisis del siglo » intitula el tercer período; Jovellanos hace de figura señera; momento de crisis al contacto con las ideas procedentes de Francia; reforma, pero sin violencia. Por último, los preludios del siglo diecinueve, formulación con carga emotiva de un proyecto político, nacimiento de un espíritu revolucionario. Toda expresión sintética sugiere algún reparo; destacamos, sin embargo, una periodización que contribuye a una apreciación más sutil de la Ilustración.

Finalmente felicitémosnos de que estas obras ahonden en la época de las luces comúnmente vilipendiada, aunque de tanta gravitación en la España contemporánea.

NICOLÁS SÁNCHEZ-ALBORNOZ.